



I CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

OBRA GANADORA (PRIMER PREMIO)

6 de Febrero de 2021

UN BOSQUE DENTRO

Autora: Isabel Paraíso

Era tranquila y sonriente. En su mundo de bebé, se estaba horas y horas gorjeando y sonriendo a todo lo que se le ponía al alcance de la vista: caras de personas mayores, juguetes, paredes...

--“¡Pero qué simpática es esta criatura!” – decía todo el mundo.

Realmente era extraordinaria aquella bebita. Era una alegría continua para su familia, hasta que un día... Un buen día, a sus tres añitos, la niña le dijo a su madre:

--“Mamita, *teno* aquí una cosa” –y apuntaba a su pecho.

Su madre se asustó. ¿Le dolía algo? ¿No? ¿Sentía opresión, se encontraba mal? ¿Tampoco?

--“Mami, es como un bosque *gande, gande...*”

Imaginarán cómo se quedó su madre de estupefacta. No sabía si reírse o llorar. Cuando el padre llegó del trabajo, la madre se lo contó en seguida, pero el padre replicó con voz cansada y sin el menor asombro:

--“Déjala, no le hagas caso. Son cosas de críos.”

Eso fue lo que dijo el padre. Lo dijo para que la madre se tranquilizara, pero él mismo empezó a observar a la niña a hurtadillas, algo preocupado. Sin embargo, la niña parecía en buen estado de salud, y continuó correteando por la casa, jugando o canturreando. Como siempre.

Y así pasaron dos años más. Ya casi se habían olvidado el padre y la madre del incidente, cuando un día oyeron a la niña cantar una canción preciosa y desconocida. Era tan extraña, que no pudieron por menos de preguntarle: “¿Dónde has aprendido esa canción?”

--“Me la han enseñado los pajaritos del bosque.”



--“¿De qué bosque?”

--“Del mío. Tengo un bosque aquí dentro.”

A la madre se le saltaron las lágrimas. “Está loca mi hija”, pensó. Pero sintió un golpecito que su marido le daba disimuladamente, e intentó controlarse.

--“¡Vaya! ¿De modo que tienes un bosque dentro?” –siguió el padre como si tal cosa.

--“Sí, aquí” – y se señalaba el corazón.

--“¿Y qué hay en ese bosque?”

--“Pues muchos pajaritos de colores, y árboles grandes y pequeños, y flores muy bonitas. Fíjate, papá, que hay hasta una culebra.”

--“¿Una culebra? ¿Y es mala esa culebra?”

--“Sí, es mala, pero está dormida. Casi siempre está dormida porque se pone debajo del tilo, y el olor de sus flores le da sueño. Mira, cuando tengo ganas de hacer algo malo, es porque ella está despierta y me canta una canción para que lo haga.”

--“¿Y tú qué haces entonces?”

--“Pues le digo al viento que se levante y mueva las ramas del tilo, y a los pajaritos les digo que canten la canción más aburrida que sepan, y así entre todos conseguimos dormirla.”

--“Ejem... Muy interesante, muy interesante” –comentó el padre muy serio y con las cejas juntas.

--“Papá, ¿no te ha gustado lo que hay en mi bosque? No quiero ponerte triste, papá. ¿Ves? yo no os lo quería contar por si no os gustaba. Pero tú me has preguntado...” –y rompió a llorar desconsoladamente.

La consulta del médico era grande, blanca, fría. La niña contemplaba maravillada cómo los rayos del sol se quebraban sobre los metales –pinzas, bordes de mesas, tenacillas, mil y un objetos menudos--. Cuando separaba la vista de los metales luminosos y miraba la blanca pared, volvía a ver allí tenacillas y pinzas verdes que se desplazaban si ella movía los ojos.

La conversación de su madre con el médico, sentados cerca de ella, le llegaba desde muy lejos.

--“No, señora, no se preocupe. Ojalá todo el mundo tuviera la salud de su hija. No se angustie: son fantasías de niños. Ahora bien, si quiere consultar a un psicólogo para quedarse más tranquila...” –y le tendió una tarjeta blanca.

La consulta del psicólogo –mejor dicho, de la psicóloga- era aún más divertida. Había trenes, muñecas, lápices de colores, muchos papeles, plastilina, sillas y mesas diminutas... Hasta un piano pequeño. La niña se fue hacia él y empezó a tocar una de sus cancioncillas preferidas.

Tan absorta estaba, que no vio entrar a una mujer alta y muy delgada que se movía como una sombra. La madre fue a avisar a la niña, pero un gesto de la psicóloga la detuvo. Y así estuvieron las dos, observando a la niña. La psicóloga tomaba a veces notas breves en un cuaderno.



Al fin, cuando la niña se volvió para decirle algo a su madre, vio a la otra mujer y se sonrieron. La psicóloga le enseñó luego unas láminas con borrones de tinta, y le preguntó qué veía. La niña veía pájaros, flores, la culebra, nubes... Y terminó hablándole de “su” bosque, tras algunas reticencias. ¡Temía tanto hacer llorar a aquella señora al decirle su secreto! Pero la señora no sólo no lloró, sino que se puso muy contenta con todo lo que la niña le contaba. Se hicieron grandes amigas. Finalmente, obtuvo permiso para seguir jugando mientras su madre y la psicóloga resumían la entrevista.

--“Mitomanía. No hay duda. Por lo demás, es una niña que tiene un comportamiento adecuado y una personalidad bien estructurada.”

--“¿Quiere decir que mi hija es una mentirosa?”

--“No, señora. No es mentirosa porque ella no quiere engañar a nadie. Ella *vive* realmente sus fantasías. Es sincera con ellas. No se preocupe. Exceso de imaginación. Sucede mucho a los niños de estas edades, ¿sabe?”

En medio de sus juegos aparentes, la niña las estaba escuchando con atención suma. Sintió desplomarse su confianza en aquella mujer; se sintió incomprendida y traicionada; sintió que la simpatía que le había mostrado la psicóloga era fingida, de oficio; sintió rabia y unas ganas terribles de llorar; se encontró sola, sola, sola... Y se prometió a sí misma no volver a hablar nunca más de su bosque a nadie. A nadie. Nunca más.

Pasaron los años, y la promesa que se hizo a sí misma aquella tarde seguía en pie. Sin embargo, le costaba mantenerla. Sobre todo cuando había llovido el día anterior y los pajaritos se despertaban al nuevo día bajo un sol radiante. Era una felicidad tal, que la muchacha necesitaba absolutamente comunicarla. Se ponía a cantar y a bailar, pero eso no terminaba de liberarla de la insoportable alegría.

Hasta que encontró la solución. La solución era el pentagrama. En aquellas cinco rayitas horizontales, ella iba colocando cuidadosamente corcheas, blancas, silencios, negras, bemoles... Luego se sentaba al piano y tocaba lo que había escrito. ¡Qué decepción! Aquello no se parecía a la música de sus pájaros: era algo tosco y sin color. Volvía entonces a escribir en el pentagrama, y otra vez a tocar en el piano, y así hasta que conseguía acercarse, titubeante, a la música de sus pájaros.

Toda emocionada, lo tocó aquella tarde ante su profesor de música. El profesor se quedó tan sorprendido, que al terminar la clase habló con los padres de la muchacha y les dijo que él ya no podía enseñarle más, que su hija era un portento musical, y que les aconsejaba encarecidamente inscribirla en el Conservatorio para aprender Armonía y Composición.

En el Conservatorio aprendió muchas cosas, pero sobre todo a expresarse mejor. Pudo ya escribir no sólo la canción de los pájaros tras la lluvia, sino también la de la culebra maléfica, y la del tilo para dormir a la culebra, y la canción de la hierba cuando brota en primavera, y aquella otra del gorrión agonizante, y la del éxodo de las golondrinas, y la del nacimiento de los abedules, y muchísimas más que no os cuento para no aburrirlos. ¡Ah,



hablando de aburrimiento! Llegó a escribir la canción de los pájaros para aburrir a la culebra. ¡Cuando la tocó en público y se volvió para recibir los aplausos, encontró a todo el mundo dormido como troncos!

Su fama, circunscrita primero al Conservatorio, se fue extendiendo, extendiendo... Empezaron a pedirle que tocara composiciones ajenas y propias en fiestas benéficas, en asociaciones estudiantiles, en colegios, en asilos... Ella decía siempre que sí, que con mucho gusto. Y lo decía no por cortesía, sino de todo corazón. Llegaba al lugar que fuera, se sentaba al piano, se olvidaba completamente de todo lo que la rodeaba, y se sumía en aquella hermosísima y complicada constelación de notas, en aquella maravilla de sonidos que la vaciaba completamente y la sustituía.

Cuando la última nota se quedaba temblando en el aire, era como un desgarramiento, un brusco volver a otro mundo, conocido y desconocido a un mismo tiempo. Como cuando despertamos repentinamente de un sueño. Pero entonces oía una selva de aplausos, y al volverse, veía sonrisas de felicidad; y en ese momento ella podía ya sonreír también, contagiada por la colectiva purificación de la música, y empezaba a tomar posesión de sus gestos y su lenguaje.

Fue en uno de estos conciertos, módicos y exultantes –fue en un Colegio Mayor de estudiantes, lo recordaría siempre- cuando le sucedió algo incomprensible, algo que se salía de los esquemas de su rutina.

La sala tenía forma de cruz griega, y el piano estaba en el centro de los dos ejes, sobre una plataforma cuadrada. Ella entró como siempre, saludó al público de prisa –solía hacerlo así, por timidez- y se sentó ante el piano. Tenía ya las manos levemente alzadas sobre el teclado, iba a sumergirse ya en la música, cuando algo en la sala la distrajo: un par de ojos como las golondrinas de su bosque.

(Lo recordaba perfectamente. Llegaron las primeras golondrinas un día de marzo, cuando ella tenía siete años. En seguida le sorprendió su color. ¿De qué país venían, para tener aquel plumaje tornasolado, entre azul de Prusia y grafito? Y además, ¿por qué cantaban la canción de los desvalidos? ¿Por qué temblaban un poco cuando escogieron el álamo más alto como refugio? Fueron los otros pajarillos los que se les acercaron poco a poco para entablar amistad: ellas apenas se atrevían a salir de su álamo. Pero luego, cuando se les pasó el miedo, las golondrinas enaltecieron el bosque día tras día con su fidelidad y con sus cantos profundos como torrenteras).

Y aquellos ojos seguían allí, con su color y su desvalimiento. Tuvo que hacer un esfuerzo imperioso para retirar su atención de ellos y hundirse en la música. Lo logró, pero al final de la pieza de nuevo afloraron, tenaces. Eran como una llamada. Y de nuevo ella tuvo que cerrarse a la llamada y tocar otra pieza, y otra, hasta el final. Con los aplausos, se desvanecieron los ojos. La sala estaba allí, pero sin el encanto habitual de la felicidad colectiva. La gente sonreía, pero ella estaba triste por dentro, y sólo sus gestos habituales la salvaron de la descortesía.



De vuelta a su casa, para reponerse de la tristeza que hacía enmudecer a sus pájaros, compuso desde el recuerdo la llegada de las primeras golondrinas. Y, como un conjuro, decidió incluirla en el concierto siguiente que diera.

Fue en la Cátedra de Música de la Universidad. Casi en familia, sin propaganda. Le habían pedido tres piezas cortas contemporáneas para la primera parte y otras tres originales para la segunda. La sesión tenía un fin puramente didáctico. Cuando entró en el aula, una veintena de caras juveniles la acogieron con curiosidad. Iba ya a sentarse ante el piano, dando la espalda al reducido auditorio, cuando sintió una mirada en la nuca. Lentamente se volvió: allí estaban, tornasolados, desvalidos, aquellos ojos que resonaban como torrenceras implacables.

Voluntariamente, alteró el orden de sus tres composiciones, dejando para el final la “Llegada de las primeras golondrinas”. La ejecución fue lenta, elástica, persuasiva, tierna. Decía no solamente: “así llegaron mis primeras golondrinas”. Decía también: “anidad en mi bosque, no temáis, sed felices”.

Los aplausos fueron entusiastas. Cuando miró al muchacho que le recordaba a sus golondrinas, vio que no aplaudía, que miraba al suelo obstinadamente. Y comprendió que era el miedo y la ternura los que clavaban sus ojos al suelo, y lo vio temblar ligeramente. Supo que desde entonces lo volvería a encontrar en cada concierto que diera, en cualquier lugar que fuese.

La vez siguiente fue en la fiesta final de curso de una Asociación de estudiantes universitarios. Estaba invitada, junto a otros jóvenes compositores. Debía tocar exclusivamente piezas suyas. Luego se abriría una discusión sobre las obras de cada compositor en particular, y al final, habría una modesta recepción. Cuando le llegó el turno, empezó con la “Llegada de las primeras golondrinas”, tocó luego otras piezas cortas, y terminó con una larga, “Fulgores de la huida”. Esta pieza la había compuesto para él, historiando las vacilaciones y descubrimientos de ambos. Era una composición quebrada, de armonías difíciles y novedosas, con una fuerza sentimental disfrazada de inteligencia. Era un desahogo y un desafío a la vez. Y claro, el público se lanzó a discutir apasionadamente sobre los “Fulgores de la huida”.

Ella los oía debatir entre ellos, distante de su propia obra. Admiraba el calor que ponían en defender una tesis u otra, la agudeza de sus juicios... y lo descaminados que iban. Todos consideraban los “Fulgores” como una obra vanguardista, una ruptura total con sus piezas anteriores: su antítesis.

Ella los dejaba hablar. Prefería callarse, porque el lenguaje no era su medio fundamental de expresión. Sólo hablaba cuando se veía obligada a hacerlo, y con las menos palabras posibles. ¡Ah, pero ahora la interpelaban directamente, ahora tendría que hablar, que explicar sus obras! Le preguntaban si “Fulgores” era una superación de lo anterior, y querían



una confirmación. Respondió con dificultad: “No, no lo es”. Y ante la estupefacción suscitada, preguntó lentamente: “¿Hay alguien aquí que haya percibido la continuidad?”

Lo que esperaba, lo que sabía que tenía que suceder, ocurrió: “él” se puso de pie, y tímidamente al principio y con progresivo aplomo después, fue interpretando exactamente la continuidad temática entre las “golondrinas” y las diferentes “huidas”. Puso de relieve los acordes semejantes, la estructura compositiva, la reiteración de ciertas notas en determinadas situaciones, el idéntico valor afectivo de los diversos compases. Junto a las concordancias, las discordancias se reducían a variaciones de interpretación y de contexto. Y cerró su interpretación con una duda modesta, dirigida directamente:

--“No sé si he entendido bien, si la compositora está de acuerdo...”

Luego ya se vieron a menudo, y no sólo en los conciertos. Un día, él le preguntó a quemarropa. (Demasiado a quemarropa: el esfuerzo lo traicionó).

--“¿Dónde tienes tu bosque?”

(¿Habría oído mal? ¿Conocería él su secreto? ¿O sólo sería una metáfora bonita? Se puso a temblar de pies a cabeza. Mecánicamente, una voz ronca que no era la suya, respondió:)

--“¿De qué bosque hablas?”

Y él, riendo un poco del susto de la muchacha:

--“Del tuyo. Del de tus composiciones.”

(No había duda. Se sintió transparente, descubierta en sus hondos. La emoción le impedía incluso balbucear una respuesta).

--“Déjame oír tu bosque, por favor.” (La voz del muchacho era opaca y resonante como las torrenteras).

La estrechó en sus brazos con delicadeza, con veneración. Como si abrazara un frágil milagro quebradizo. Y entonces oyó la brisa enamorada entre los árboles, los mil secretos de los pájaros, la sabiduría centenaria de las secuoyas, el durmiente silbar de la culebra, la canción del arroyo en perpetuo nacimiento, incluso el entreabrirse los capullos de las rosas. Y envolviendo todo aquel abigarrado mundo mágico, la transparencia de la serenidad.

Comprendió entonces la meta enigmática que ella perseguía tras las palabras y la música, y dijo a la muchacha con sencillez, desde el fondo de su destino:

--“Déjame vivir en tu bosque.”

(FIN)